

Como el álamo al camino

"Perdonen que no me levante", Diplo
Autora: Arlín Algorri Flores
Tercer Premio Certamen Literario-Cuento
Semana de la Lengua 2007.
UIPR-Metro

Los muertos de San Antonio

El sábado era el mejor día de la semana. Papá nos llevaba en su Volky azul a la casa de la abuela. El camino era corto, quizás veinte minutos, pero la espera durante la semana se hacía una eternidad. El sábado era, sin duda, el mejor día de la semana. Mi hermana y yo descubrimos las maravillas del campo, las mañanas radiantes, las noches frescas, los días lluviosos y los muertos. Primero los muertos, luego en ese orden las mañanas, las noches y los días. San Antonio era un barrio apartado, rodeado por árboles siempre verdes, montañas inmensas y al lado de la casa de la abuela, el lago Carraízo platinaba el paisaje.

La abuela siempre nos esperaba en el balcón y al compás de una eterna mecedora, nos recibía en la vieja casa: mitad madera, mitad cemento. Un rosal de diferentes colores adornaba la entrada. Cerca del cuarto de Abita había unas gardenias, mis flores favoritas. Le decíamos Abita porque mi hermana, que era la nieta mayor, no podía decir abuelita y la llamó de esa manera. Los bisnietos también la llamaron de esa forma. Ahora, hasta yo la llamo así cuando conversamos.

La casa no era muy grande, tres cuartos, el balcón, una cocina (tan pequeña que apenas cabían sus seis hijos, los nietos) un baño y también una letrina. ¡Ah! Esa letrina era lo mejor. Al principio le tuve miedo, pero desde que levantamos el pedazo de madera que la cubría y salieron millones de cucarachas comenzamos a amarla. Las cucarachas corrían como locas y los lagartijos las seguían al compás de una *danza* sicodélica. Ante nuestras risas, el alboroto y el llanto de mis primas, que corrían tan locas como las cucarachas, la abuela se asomó por la ventana de la cocina. Ella también reía, unas veces sin dientes y otras con su caja.

Me gustaba desayunar en la cocina de la abuela. El abuelo iba hasta el corral y buscaba huevos frescos y un racimo de guineos maduros. Abita reventaba los huevos en un sartén lleno de manteca "El Lechoncito" que salpicaba toda la estufa. Mientras cocinaba, cantaba himnos. Una vez cantó uno que decía: "Manda fuego Señor, manda fuego..." nosotras la interrumpimos y le dijimos que en el colegio nos lo habían enseñado. Abita levantó las cejas,

ella no estaba de acuerdo que estudiáramos en el Colegio Bautista porque ella era católica, apostólica y romana. Tan católica que papá decía que tenía acciones en Roma. Por esta razón siempre creímos que la abuela era una persona muy importante.

__ El colegio __ dijo mientras colaba el café __ ¿Y ese colegio eh de gente blanca o de gente linda como yo? _ levantó el colador y vimos como el humo llegaba hasta el techo.

__ De gente linda abuelita, de gente linda como tú _ respondió mi hermana mientras embobadas veíamos la espuma de la leche recién ordeñada.

__ Ah buenoh, si son como yo ehtá bien, si son republicanoh mejor _ al decir esto señaló la foto de un señor mayor que adornaba una de las paredes.

__ ¿Quién es ese abuelita? _ pregunté interesada.

__ ¡Ay nena! ¡Ese señor eh lo más grande que hay en Puerto Rico! Ese hombre eh el mejor gobernador que ha tenido esta Isla, ese ¡Carajp que me acabo de quemar! ¡Ay Virgen Santa, que eso no se dice! _ Abita no acostumbraba hablar así, pero cuando lo hacía nos causaba mucha gracia.

Mi hermana y yo miramos al abuelo. Cada vez que hablaban sobre política, él sólo asintía y decía a todo que era verdad. Abuelo José era un hombre callado. Tenía el pelo claro y los ojos tan grises como el lago. No me acuerdo de su tono de voz. Me acuerdo que arrastraba las chancletas y que todos los sábados se iba para México. El abuelo fue veterano de la Segunda Guerra Mundial. Uno de esos sábados, de esos de los que fue a México, vino más contento que de costumbre. Llegó con un fuerte olor a alcohol, pero la única que lo notó fue la abuela. Quizás por esa razón se lo llevaron los muertos. A nosotras nos gustaba que el abuelo estuviera así, hablador y contento. Nos llevaba a las porquerizas, nos enseñaba las crías, los conejos y juntos llegábamos hasta la tala de gandules. La finca era grande y mi hermana y yo disfrutábamos de todo, menos de entrar ai corral. Un día el abuelo nos dijo:

__ De todo lo que veréis podéis disfrutar, pero me le voy a cagar en los petardos de la madre y le voy a dar una pela si las cojo en el corral. Así, por las buenas y mientras el abuelo rondaba los alrededores, nosotras nos mantei-jíamos alejadas. Un día, de esos de los que abuelo estaba ocupado, nos metimos al corral y mi hermana sacó unos huevos que escondió entre la blusa. Corrimos hasta el monte, al platanal e hicimos una casa con unas ramas secas. A mi hermana se le ocurrió una gran idea:

__ ¡Vamos a cocinar!

Yo miraba los cables del tendido eléctrico que cada vez se veían más bajos.

___ ¿Y esos cables no son peligrosos?

___ ¡Qué va! Si no se han caído, ya no se van a caer. Olvídate de los cables. Sacó del bolsillo del pantalón unos cigarrillos que había encontrado en la coqueta de tío Roberto y luego me ofreció uno.

___ ¡Estás loca, si mamá se entera nos va a matar!

___ Qué se va a enterar, avanza, así mira, como las artistas de la novela de la televisión.

Tomé el cigarrillo y aspiré una fuerte bocanada. Estiré la mano así, como las artistas de cine y volví a fumar. Mientras, mi hermana pinchaba otro cigarrillo en el lado izquierdo de su boca, juntaba unos troncos para hacer una fogata. Encendió un fósforo y lo acercó a la leña, puso la tapa mohosa de una lata de galletas que encontramos y hecho los huevos que sacó del corral. Ella cocinaba y yo fumaba como una viciosa, me parecía estar en el bar de la esquina, en ese en donde se la pasaban los Reyes. Abuelo decía que todo lo malo que pasaba en el barrio era culpa de los Reyes porque eran negros y él no quería saber de los negros, aunque de las negras sí, por eso se casó con la abuela. El humo siguió subiendo y con el humo, el fuego se apoderó del platanal. Comenzamos a gritar como dos locas porque no podíamos salir. El humo nos ahogaba y apenas nos dejaba ver, ante tanto alboroto el abuelo y los tíos llegaron con sábanas, mantas, palos y de cuanta cosa encontraron en el camino. Lograron extinguir el fuego una hora después. Pasamos un gran susto y aunque no hubo daños mayores, la pela que nos dieron me duró hasta mis hijos.

Mamá visitaba poco a la abuela. Ella decía que para ir a su casa había que hacer cita. Mamá la quería mucho y Abita se llevaba bien con ella. El abuelo decía que mi madre era una mujer seria, trabajadora y buena esposa. A veces pienso que ambas tienen algo de brujas porque creo que adivinan los pensamientos. En ocasiones tengo miedo de quedarme sola en la casa y ver a mamá de frente. Ella sabe que me avergüenza el pequeño carro de papá. Miro al vecino, éste tiene menos preparación que papá, se viste mejor y hasta tiene un carro nuevo. El vecino tiene siete hijos y nosotras somos tres, nosotros deberíamos estar mejor, pero no es así. Mamá me peinaba las trenzas y me decía que algún día las cosas iban a cambiar y que por eso papá se había salido de la policía, que trabajaba todos los sábados en ese taller de soldadura, que era un hombre bueno, el mejor padre del mundo. Yo sentía vergüenza y miraba al vecino, su traje, su carro, sus hijos y pensaba, que después de todo, no eran mejores que nosotros.

Papá era como la abuela, pero blanco. Sus ojos eran como los de la abuela, pero verdes. Así que yo también soy como papá, pero trigueña y con los ojos oscuros como los de la abuela. Los ojos de Abita brillan, sobre todo en las noches cuando se va a rezarle a los muertos. Papá salía tarde del taller de soldadura, así que Abita hacía comida temprano, se bañaba con los jabones Camay que el abuelo traía del motel en donde trabajaba y luego se untaba mucho polvo Maja. Ella no usaba prendas, su único adorno era un rosario que tenía colgado del cuello. Tomaba la Biblia, una pequeña cartera y un pañuelito de algodón que había visto muchas enjuagadas. Papá se quedaba con el compadre, el dueño del taller, y se daban unas cervecitas Shaeffer en la tienda de Otilio, el bar de la esquina. Así que Abita nos llevaba por todo el barrio, de casa en casa, buscando a quien rezar, a quien orar y hasta a quién mandar al diablo.

El primer rosario al que asistí fue al del hijo de Pedro Iglesias. Se había matado por un un revolú que pasó en un cerro. Él y su hermano pertenecían a un grupo que no tenía claro, las malas lenguas contaban que eran miembros de una organización terrorista. Abuelo decía que los independentistas eran terroristas y que eran gente de armas a tomar. La verdad es que me dio mucha pena con su familia porque se veían buenas personas. Don Pedro era un señor decente. Siempre nos daba dulces y nos recibía con agrado. Así es la vida y la abuela creía que a pesar de todo, había que llevar las almas a descansar.

Guía: Ave María Purísima.

Pueblo: Sin pecado concebida.

Guía: Por la señal de la Santa Cruz...

Pueblo: Líbranos Señor, Dios nuestro...

Guía: Ofrecimiento

Guía y pueblo: Virgen Santísima, purifica mis labios y mi corazón...

Guía: En especial se ofrece este Santo Rosario por...

Guía: Acto de contricción:

Pueblo: Señor mío, Jesucristo, Dios y hombre verdadero...

Guía: Creador, Padre y Redentor mío...

Los misterios que vamos a meditar son los Misterios Gozosos. Primer Misterio Gozoso:

La encarnación del Hijo de Dios.

Guía: Padre nuestro que estás en los cielos...

Pueblo: Danos hoy nuestro pan de cada día...

Los rosarios me parecían aburridos, todos repetían lo mismo y lo mismo tantas veces. Ahora es diferente porque después de la Comuni3n, la Confirmaci3n y el Matrimonio, comprendo mejor, el porqu3 del Santo Rosario. Creo que el matrimonio, deberían quitarlo como sacramento, la verdad es que no sirve para nada.

La mejor parte del rosario era cuando servían los entremeses: chocolate caliente, galletas con jalea de fresa, salchich3n y queso de bola holand3s. Todos hablaban y contaban an3cdotas del muerto. Abita se enojaba mucho cuando hacían chistes. En los velorios y en los rosarios siempre alguna muchachería se reunía para alborotar el avispero. Don Pedro se levant3 del sof3 y comenz3 a cantar una canci3n que tenía que ver con machetes y con señales. La abuela nos tom3 de las manos y nos dijo que ya era hora de irnos, que la señaal eran los machetes y que ya había mandado al difunto al cielo y que si seguía ahí, segurito que lo mandaba a otro sitio.

Segundo Misterio Gozoso:

La visita de la Virgen María a su prima Isabel.

Despu3s del rosario del hijo de don Pedro nos fuimos a rezar a la casa de Tato, el loco del barrio. Tato era un hombre flaco. Pap3 le dio sus esposas, sus uniformes y eí sombrero cuando sali3 de la policía. A menudo iba a la casa de Abita. Yo le tenía pánico porque tío lpy siempre le preguntaba si estaba loco y él respondía que no. El di3logo entre ambos era la insistencia de tío en preguntarle una y otra vez la raz3n de su locura, a lo que el segundo contraatacaba y respondía que no había tal cosa y que el loco era tío lpy porque no hablaba de otro tema. Tenía una mirada extraña. Yo sabía que se acercaba a la casa porque se amarraba a la cintura una sogaa con latas de salsa de tomate. El sonido que producían las latas nos anunciaba su temible visita. Mis primas, mi hermana y yo corríamos hasta el balc3n y nos escondíamos detrás de los muebles. A veces tenía como ocho latas colgando y abuela le entregaba una funda con más latas y hasta le daba una peseta. Tato muri3 en un sanatorio. Muri3 de tristeza porque era un pájaro libre, a quien la gente le tronch3 las alas muy temprano. Yo le pregunt3 a la abuela a d3nde iban los locos y la abuela me dijo que Dios, con su infinita misericordia, tenía un sitio reservado para todos. Yo imaginaba el Cielo como otro mundo, así que pens3 que seguramente Tato era el Superintendente de la policía y que desde el cielo dirigía a todos los policías de este país. ¡Y pensar que pap3 ya no es policía!

Tercer Misterio Gozoso:

El nacimiento del niño Jesús en Belén.

Guía: Padre nuestro que estás en los cielos...

Los niños siempre van al cielo. Abuela creía que algunos niños morían santos. Yo le pregunté que si los hijos de los Reyes se morían irían al cielo. Abuela se quedó pensativa, después me dijo que no.

__ Porque son negros abuelita _ eso era lo que el abuelo pensaba.

__ No hija qué va. Ésos se van a achicharrar en el infierno porque son malos y ya tú verás que no van a llegar a mozos, éstos se mueren pronto.

¡Y qué razón tuvo porque el que no estaba preso, lo andaban buscando! Ninguno llegó a los doce.

La casa de los Reyes era humilde, toda de madera. El techo era de zinc y parece que perforado porque en algunos sitios había cubos para recoger el agua. Tenían a ja entrada de la casa una estampita del Divino Niño. El balcón era pequeño y había tanta gente, que ni botándolos se acababan. Después de tantos empujones y hasta patadas llegamos hasta la sala. En cuanto vieron a la abuela, los padres del difunto, se le tiraron encima. La abuela me dio su cartera y a mi hermana le entregó la Biblia. Luego levantó las manos y dio una gran palmada, todos se quedaron callados. Finín, una de las vecinas, comenzó el rosario. Mientras rezaban yo sólo pensaba en lo que servirían más tarde. Mi hermana me dijo que los Reyes eran tan pobres que seguramente no servirían nada.

__ ¿Y no cogen cupones? _ para mí todo el mundo cogía cupones.

__ Ah bueno, yo creo que sí porque ellos son pobres y la gente pobre es la que coge cupones. La respuesta de mi hermana no me convenció y me tuvo un poco inquieta. Terminamos el rosario y Finín pidió una colecta para ayudar a pagar el entierro. Ese día no hubo queso, galletas, ni chocolate, sin embargo, aprendí que los cupones eran papeles mágicos porque la gran mayoría de los presentes guardaban una libretita.

Cuarto Misterio Gozoso:

La presentación del niño Jesús en el templo

Guía: Padre nuestro que estás en los cielos...

Pueblo: Danos hoy nuestro pan de cada día...

Los muertos me dan miedo. Nunca pude verlos por mucho tiempo. Recuerdo que otro sábado fuimos al velorio de Santos Diepa. Santos era el mafioso del barrio. Tenía siete hijos, tres mujeres y tanto dinero que antes de morir contrató a unas lloronas y había pagado las

flores y hasta el entierro. Yo creo que un hombre así no podía ser tan malo, es más, fue consideradísimo al tener un gesto tan hermoso con su esposa. Las malas eran todas esas mujeres que se peleaban por los chavos. Abuelo José dijo que era peligroso asistir a ese velorio porque esa gente hizo un pacto con el demonio y que el demonio mismo lo vino a buscar. Esas palabras, en vez de asustar a Abita, hicieron que se vistiera más temprano que de costumbre.

La casa de Santos era la mejor del barrio, quedaba en la loma. Había que caminar bastante, quizás cuarenta o cincuenta minutos. A nosotras no nos importaba porque durante el camino recogíamos cundeamores, pomarrosas, guayabas y en ocasiones nos deteníamos a tomar café en la casa de algún hermano o hermana de la iglesia. Esta vez paramos en la casa de Finín. Allí salió su inseparable amiga, ataviada con un pañuelito de flores rojas y amarillas. Abuela la miró fijamente y luego le dijo que el estampado estaba lindo, pero que le hubiera gustado que las flores fueran azules.

¡Así era la abuela! Dios tenía un propósito y ella tenía que terminar la encomienda. Mi hermana y yo no entendimos sus palabras, pero ella estaba muy convencida de que su presencia era necesaria. Así que Dios con San Pedro y la abuela con Finín, hicieron la travesía más amena. Llegamos pronto a la casa. Hacía frío, Abita se detuvo. Sacó de la cartera su viejo rosario y la Biblia. Se persignó frente al portón y luego caminamos hasta la casa. La neblina apenas nos dejaba distinguir a la multitud. A medida que nos acercábamos las luces nos señalaban el camino. Unos leones sobre uno de los muros de cemento, un balcón amplio, construido con balaustres y un Cadillac negro se quedaron en mis recuerdos. Abita quería saber por qué al muerto lo velaban en la casa y no en una funeraria. Era curioso que lo tuvieran en su casa sólo una noche y al otro día lo enterrarían tempranito. La sala se hacía pequeña y apenas cabíamos. Abuela se detuvo frente al ataúd. Los curiosos comenzaron a acercarse tanto que casi nos meten en la caja con el difunto. La esposa de Santos permanecía junto a la abuela. Yo no quería verle la cara al difunto porque algunas veces creo que respiran y que el mosquitero se sube y se baja y se baja y se sube.

Abuela comenzó el rosario y todos permanecieron atentos. Las lloronas comenzaron a gritar y la abuela las mandó a callar y le dijo que todavía no era el momento, que ella avisaría. Así que todos se callaron y la abuela continuó su misión. Ya estábamos por terminar el rosario y yo sólo pensaba en lo que servirían esa noche. Abita cerró los ojos por unos segundos, de repente vi cómo el mosquitero subía y bajaba, bajaba y subía. Traté de

gritar, de moverme, pero no pude. Antonia, la viuda, se inclinó para asegurarse que nada malo ocurría, pero al darse cuenta que el muerto no estaba tan muerto abrió la boca a gritar. Santos tiró el rosario y el clavel que tenía en las manos y la cogió por el cuello. En cuestión de segundos no quedó ni un alma joven en la sala. Los tecatos del barrio despertaron del letargo y hasta hubo quien corrió porque creía que se trataba de una redada. Abita se quedó serena y como si fuera un médico en una operación, estiró la mano y pidió la Biblia. Al ver que Finín, que era la que cargaba tan valiosa herramienta no respondía, decidió voltearse. Finín estaba en el suelo, como los que no pudieron correr. La abuela levantó las cejas y suspiró. Hubiera dado cualquier cosa por desaparecer de ese lugar, pero mis piernas no respondían y el corazón me latía como si fuera a reventar.

— ¡La Biblia! — dijo la abuela con un tono enérgico.

Y no me costó otro remedio que arrancársela de las manos a Finín y dársela a la abuela. La mujer de Santos estaba morada y el hombre la apretaba con tanta furia que sólo provocó que Abita le metiera un palmetazo con la misma Biblia que le entregué segundos antes. El hombre miró a la abuela, soltó a la mujer y cuando intentó atacar a Abita, ésta le propinó otro golpetazo, entonces la abuela se enojó y le dijo:

-¡Atrevido, según te despertaste, así regresas con quien viniste! ¡Ya está bueno, tu tiempo se acabó y ahora tienes que pagar por lo que hiciste! Y que no se te ocurra levantarte otra vez, porque ya verás lo que te va a pasar.

Sentí deseos de vomitar, pero sólo me dejé caer en el sofá forrado de piel que quedaba en uno de los cuartos. Allí estaba mi hermana, quien segundos antes se había escapado hasta la cocina y había sacado de la nevera una bandeja de jamones y de quesos, muy gourmet, por cierto. Ella estaba sentada junto al perro de la casa y vi con repugnada cómo tomaba una lazca y se la daba al perro y luego sin lavarse los dedos tomaba una para ella y la saboreaba con tanto gusto que empecé a vomitar. El perro me vio arrodillada y corrió a mi lado dando brincos y moviendo la colita porque creía que yo estaba para juegos. Lo único que recuerdo es que desperté en mi cama y mamá me pasaba paños en la frente para ver si me bajaba la calentura. Mi hermana también estaba en su cama, pero enferma de la indigestión. Mamá le había dado un purgante para ver si le bajaba la barriga. Hay quien dice que Antonia había matado al marido y que por eso lo quería enterrar rapidito, que rlo le creían la versión de que Santos se había metido a una religión extraña, por lo tanto, el cuerpo del difunto no podía ser mutilado en una funeraria. ¡Quién sabe, asj son esos ricos,

estrambóticos!

Quinto y último Misterio:

El niño Jesús perdido y hallado en el templo

Guía: Padre nuestro que estás en los cielos. Santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Durante mi niñez y adolescencia fui a muchos velorios, entierros y rosarios. Cada uno representó un momento importante en mi vida. Nunca olvidaré el entierro de Barito, el borrachín del barrio. Su última voluntad fue despedirlo al son de la música de Daniel Santos. La noche antes de su entierro había pasado una enorme vaguada, así que asistieron pocos al camposanto. Lo enterraron al son de himnos y coritos de Las Hijas de María. Los paraguas cubrían la ceremonia y el viento se hacía cada vez más fuerte. Mi hermana me comentó que no le pareció oportuno venir, pero así es la abuela: en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, en las buenas y en las malas, y aunque Bare bebía como el demonio, para la abuela tenía algo bueno: era penepé. ¡Y qué de malas porque comenzó a llover, a relampaguear, a tronar, a caer rayos y centellas del cielo! Abuela nos cobijó bajo su diminuta sombrilla de flores blancas y azules. Un rayo impactó uno de los árboles cercanos y sentimos cómo la tierra se estremecía bajo nuestros pies.

__ ¡La furia de la naturaleza! __ dijo una de las hermanas.

__ ¡Eso le pasa por vivir en el pecado! __ comentó otra de las catequistas.

__ ¡Y por culpa de este borracho nos vamos a joder todos! __ exclamó alguien a quien no pude distinguir, pero que me pareció la voz de padre Antonio.

Inmediatamente otro relámpago, el trueno y por fin el temible rayo que nos tiró patas arriba y nos mandó al hospital. Mamá llegó llorando porque pensaba que algo malo nos había pasado. A la abuela le enyesaron una pierna y estuvo así por un mes. ¡Pobre abuela, ya no podía asistir a los rosarios! El abuelo le dijo que eso le pasó porque no le cumplieron la última voluntad a Barito, que la abuela se había equivocado, y que en el entierro de un popular cualquier cosa podía suceder.

A las dos semanas abuela nos llevó al velorio de Angelito Canutillo. La diva del barrio. Le decían Canutillo porque siempre estaba de punta en blanco. Cuando no eran lentejuelas, eran plumas, cuando no era seda, era hilo, cuando no era Chanel, era Givenci, y cuando no eran hombres casados, eran solteros. Abuelo no quería que fuéramos a la casa de Angelito,

no porque la abuela tuviera un yeso, sino porque allí se reuniría una de gentes..., en fin, que nada bueno íbamos a sacar de ese antro de la perdición. Abita nunca se enojaba con el abuelo. Esperó que se fuera a trabajar y le pidió a tío Abraham que la llevara a la casa de Angelito. Tío no estaba muy contento con la petición, pero él sabía que si no nos llevaba, Abita buscaría quién lo hiciera. Tío Abraham tenía un Cámaro amarillo, un poco incómodo para las cuatro, titi Cuca se apuntó para el viaje, pero nos acomodamos como pudimos. A nosotras nos encantaba el carro porque al tío le gustaba la velocidad. La abuela siempre le decía que despacio, que se despeinaba, y que con el viento el perfume se le quedaría en la casa.

La casa de los padres de Angelito estaba vacía. Titi Cuca pensó que habíamos llegado temprano.

— ¡Qué temprano ni qué carajos! ¿Qué tú esperabas en el velorio de un pato? Abuela se molestó con el tío y le dijo que Dios tenía gn sitio para todos, que Angelito era como era, pero lo buena gente se le salía por los poros.

— ¡Eso es verdad! Yo me acuerdo la vez que ma; me iba a dar una pela porque me fui con Héctor a bailar y Angelito dijo que era mi novio y que si le daban a Cuquíta, a él también le debían dar. Mai cogió una vara de guayabo y nos dio tres fuetazos a cada uno, a mí por escaparme y a Angelito por mentiroso. Mai ya sabía lo que Angelito daba, si desde chiquito fue amanerado. — Cuca se rió y la abuela dijo que era verdad, una lástima que don Tomás nunca lo aceptó.

Nos bajamos del carro. Serafín y Carlos ayudaron a la abuela a entrar a la casa. Tití Cuca prefirió quedarse afuera, debajo de un palo de rneaíto. Ella dijo que se iba a quedar con las muchachas. Mi hermana y yo sólo vimos a dos jóvenes, un hombre vestido como mujer, otro hombre y una señora mayor con una peluca roja. La abuela aceptó que nos quedáramos con la tía, pero les pidió a las muchachas que cuidaran su vocabulario, que las niñas eran Hijas de María.

— ¡Qué va doña Tito, despreocúpese que yo respondo! — dijo la señora de la peluca roja.

— ¿Y de quién son estas nenas Cuca? — preguntó el que estaba vestido como mujer.

— Nena, de Antonio, no ves que son las mismas caras.

— ¡Me cago en la madre, pero si es verdad! Son las mismas caras del pai, aunque la blanca se parece más a la mamá.

— Y buenas estudiantes, estudian en el colegio.

__ Ay, pero si en colegio y todo, niña. Estas nenas vinieron al lugar perfecto. Aquí van a aprender de la vida, más de lo que le han enseñado en ese colegio por tantos años.

__ ¡Cuidao con lo que le dise! Mira que ehta niña son de lo ma fina, ¿Tú me oye? __ preguntó Alicia, la cubana. Esa era la más joven de las muchachas.

__ Ay, pero, ¿De cuándo a ahora nosotros somos vulgares? __ Eso se deja para allá, para cuando vamos para San Juan, en donde nadie nos conoce.

__ A nosotras no, pero a ti te conoce San Juan y toda el Área Metropolitana. Mira que a ésta la han cogido tantas veces, que yo no sé cómo es que no ha caído presa. __

Se arregló el pelo _ yo creía que era peluca, pero era su pelo_ y luego sacó de la cartera un vanity y se retocó la nariz.

__ Ay mija, plís, deja de exageral, porque mi vida, que tú no eras tan santa. Acuérdate que tú también cogite lo tuyo, no me hagas hablar.

-Sí, pero de eso hace mucho, ya no estoy pa carreras y mucho menos para escándalos. Además, las cosas no están para eso. Mira lo que le pasó a Angelito.

__ Por cierto, ¿Y de qué murió Angelito? A mai le dijeron que se dio un pase y que murió de una sobredosis.

__ Mira Cuca, se dicen muchas cosas, pero mira la caja, cerradita. ¿Por qué tú crees que hay poca gente, y por qué tu mamá prefirió dejar a las chicas afuera? ¡La verdad es que doña Tito no tiene un pelo de pendeja! Angelito se murió de una enfermedad extraña, que por cierto, está acabando con todas nosotras.

__ ¡Dicen los que saben, que eso se lo pegó el marido de Sofía! __ añadió Papito, el que parecía una mujer.

__ ¡Quién lo ve, tan machote! Yo me acuerdo del día que Papito y yo no pusimos aquellas plataformas y los trajes de pedrería, ¿Tú te acuerda Papito? ¡Qué te vas acordal vieja! Si tú tabas más enfogoná porque el zipper del traje no te cerraba! ¡Esta pendeja ni cuenta se dio! Pues mira, subimos toda la jalda hasta la carretera y ver a todos estos cabrones del barrio hechándonos piropos y diciendo estupideces, aquello no tenía madre. Y de momento dise Carlos, que si pa donde iba tan linda, que la Sofía estaba arriba descansando de la cesárea y que si yo me animaba él cerraba lo sojitos y ni cuenta que se iba a dar. Lo dejé hablar, así tú sabe, haciéndome la pendeja para digo, tú sabe escuchar frase bonita y luego me viro, bien fina y le digo que se vaya pal carajo, que ese le ha puesto lo cuernos a la mujer con cuanta mujer y cuanto macho

hay en todo San Antonio. Carlos fue el que mató a Angelito, yo se lo dije, pero él no me hizo caso.

__ ¡Pobre Angelito! ¿Tú te acuerdas la vez que se formó aquella pelea en la discoteca de Caimito? Sí mija, que hasta salió por televisión. Este hombre, el de los ojos lindos, lo anunció. __ aseguró la draga mayor.

__ ¡Irizarri! __ contestó Papito.

__ No chica, ése no... éste__ y comenzó a sonar los dedos__ el que anunció lo de Wallenda.

__ Ay, pobre Wallenda, ¡Será bruto! Mira que a esa edad y enjorquetarse en esa vara. Yo creo que estaba loco... Esteves, ese mismo. La verdad que ese machote tiene unos ojos bellos.

__ No bruta, si lo peor del mundo es una loca envidiosa y tras que envidiosa, fea y bruta. El que anunció lo de Iván Frontera.

__ Ay espérate que lo tengo en la punta de la lengua... tú dices éste... ¡Guillermo José Torres! Tan bello.

__ Ese mismo, por eso es que nos pelan, pero con razón, ese mismo. Al otro día todo el barrio se enteró y don Tomás no salió de la casa durante un mes. Yo te digo algo, la gente está bien equivocada. Esta enfermedad va a *acabar* con media humanidad. Le va a tocar a todo el mundo, empezó con la Hudson, pero ya tú verás que hasta las mujeres se van a fastidiar. Te lo dice esta vieja y esta vieja sabe más que las niguas.

__ ¿Qué Hudson tú dise? ¿Vive aquí en el barrio? __ preguntó la cubana.

__ No les digo nenas, que por eso es que no nos tienen en na. __ mí hermana y yo reímos, sabíamos que la draga hablaba del artista de cine__ Te digo de Rod Hudson, el que salía en las películas con Doris Day.

Guía: Madre del Salvador

Pueblo: Ruega por nosotros

Guía: Virgen prudentísima

Pueblo: Ruega por nosotros

Guía: Virgen digna de veneración

Pueblo: Ruega por nosotros

__ Ay sí, pero qué pena, tan bueno que estaba ese machote. Mi mamá era loca con él y yo también __ rió Papito y luego se sacó la pollina de la frente.

___ Engañó a muchas, mira que hasta yo suspiraba por él. Yo no sabía que era así. Él estuvo casado ___ añadió titi Cuca aún desconcertada.

___ Eso era pintura y capota, porque de que patinaba en seco, patinaba___ la colora miró el reloj___ estoy loca que este rosario se acabe porque se me va a pasar el Show de La Chacón. Dicen que esta noche se va a trepar en una motora y que se va a poner una tanga negra. ¡Va a estar divina como siempre! Lo voy a grabar para hacer lo mismo cuando vaya a la disco.

Guía: Reina de la paz

Guía: Reina de la paz

Guía: Reina de la paz

Guía: Cordero de Dios que quitas los pecados de mundo

Pueblo: Perdónanos Señor

Guía: Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo

Pueblo: Escúchanos Señor.

Guía: Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo

Pueblo: Ten misericordia de nosotros, Señor.

La draga tuvo razón. Mi hermana y yo aprendimos que el mundo no era tan mágico como parecía y que la vida que nos esperaba como mujeres no iba a ser fácil.

La última vez que vi a la abuela fue en el hospital. Era sábado. Dejé a la niña con su padre y le pedí que la trajera más tarde porque la abuela estaba hospitalizada. Ese día no me dio tiempo de llevarle algo. Ella supo mi preocupación y me dijo que no importaba, que yo estaba allí y eso era lo más importante. Papá se encontraba al final del pasillo, lo miré sin que se diera cuenta. Tenía frío, llevaba mucho tiempo acompañando a la abuela. Miré con ternura cómo se entretenía observando a través de la ventana. Y pensar que un día sentí vergüenza por su carro, porque llegaba sucio y con quemaduras en sus brazos. Abuela me miraba, sus ojos brillaron nuevamente. Abita murió durante la madrugada del domingo. El 6 de abril, el día del cumpleaños de mamá. Sus últimas palabras fueron: ¡Dios te bendiga!

La última vez que fui a San Antonio vi cómo los árboles habían hecho un túnel, de manera que el camino era fresco y la sombra se extendía hasta la entrada de la casa. Bajé los cristales del auto y sentí el olor del campo, olor a hierba fresca, a tamarindo, a guayaba, a la abuela. La casa parecía desierta. El carro de tío Roberto no estaba en la marquesina.

Seguramente fue a comprar cigarrillos. Me senté en el último escalón que daba a la entrada del balcón. Las paredes tenían humedad y la pintura se desprendía por todas partes, aún

quedaban adornos de la pasada Navidad en algunos árboles. Muchas cosas habían cambiado. El rosal desapareció, excepto algunas matas que el viento sembró. Escuché un ruido que provino de la parte de atrás de la casa. Caminé por la pequeña vereda que llevaba a las porquerizas. Sólo las vigas de madera, cubiertas de bejuco de puerco, eran testigos de lo que una vez ocurrió. Miré hasta la finca, en donde quedaba el viejo platanal, pero lo único sembrado fue la nueva casa de tío Nelo. Ya nada quedaba, ni siquiera la vieja letrina. Sentí mayor tristeza cuando traté de ver lo único que parecía inextinguible: el lago. La magia del lago, pero la naturaleza también hace su parte. La maleza había cubierto su brillo, sólo se escuchaba el ruido de los carros en la autopista. Caminé hasta las amapolas y vi que el portón de la parte de atrás estaba abierto, como siempre.

Abrí el portón con mucha dificultad, estaba lleno de moho. Miré las rejas, mis manos cubiertas de pedazos de pintura y sentí que alguien me observaba.

__ Me asustaste, pensé que no estabas__ corrí hasta su lado y le di un beso y un abrazo.

__ Cuca tiene el carro.

__ El portón del frente estaba cerrado.

__ Ya sabes, la criminalidad.

__ ¿Ya comiste?

__ Sí, gracias.

__ ¿Y la nena?

__ Este fin de semana se va con su papá, para la próxima la traigo. Hace frío.

__ Un poco, la noche estará clara.

El diálogo fue interrumpido por el el lento caminar de un caballo. A su lado, el jinete, tan viejo como el animal, daba pasos lentos. Se asomó al balcón y saludó. Era Juan Reyes, el mismo que acompañó al abuelo hasta el hospital el día que murió. Extendí mi mano y respondí el saludo con cariño. ¡Qué viejo está Juan!

__ Así de viejo, así de bueno.

__ Vi un tumulto a la entrada, ¿Murió alguien?

__ ¡Qué va, el hijo de Garlitos tuvo un accidente! Iba guiando una motora, tú sabes como son los muchachos, pero no se va a morir hoy. El que se va a morir esta noche es Juan.

Miré con asombro hasta el camino, pero nada quedaba ni de Juan, ni de su caballo.

__ ¿Te quedas esta noche?

__ Sí, voy a buscar la Biblia y el rosario, ¿Están donde siempre?

___ Donde siempre mijá, encima de la coqueta. Fui hasta el cuarto de la abuela. Todo estaba como hace cuatro años. Desempolvé la vieja Biblia y tomé el rosario. Mientras cerraba la ventana del cuarto, miré a la abuela, sonreía, se mecía en su vieja mecedora. Yo pensé nuevamente, que los sábados, aún eran los mejores días de la semana.